

Jerbo¹ azul

1959, año crucial para Paul. Tenía 20 años y no quería hacer el servicio militar en Argelia. Sabía lo que aquello significaba... En su familia habían conocido las masacres del 45 en Sétif. La ocupación armada de un territorio, fuera como fuera, era algo que no deseaba vivir. Su padre había sido arrestado en 1943 en Tulle por la gestapo y posteriormente deportado a Buchenwald. Toda la infancia de Paul había estado nutrida por actos de guerra, luchas, resistencia y masacres perpetradas en Tulle y Oradour. La mayor de las casualidades quiso que su solicitud de trabajo al servicio de la pacificación fuese aceptada. Como profesor y normalista, fue enviado a Arak, cerca de Tamanrasset, para preparar el curso escolar. Allí no residía ninguna autoridad francesa, él sería el único representante. Y una única clase de siete estudiantes le esperaba.

Desde su llegada a Arak se esforzó por demostrar que él no era militar. Paul llevaba bata gris, camisa blanca y corbata negra. Además, optó por basar su enseñanza principalmente en la sociedad sahariana: su geografía, su geología, su clima, su agricultura, su fauna y flora y sus relaciones sociales con múltiples profesiones allí ejercidas. Su francés era, sin lugar a

¹ Pequeño roedor de las estepas y los desiertos africanos, de larga cola y patas posteriores, que se desplaza mediante saltos

dudas, excelente, pero con gran sensibilidad aprendió a completar sus frases en bereber, idioma que aprendió con rapidez. A los alumnos más mayores les hablaba de Darwin y de un francés famoso por sus estudios sobre el desierto: Théodore Monod. También hablaba de Tierno Bokar, un sabio musulmán de quien había memorizado la siguiente prédica: «Las mejores criaturas habidas entre nosotros serán aquellas que se eduquen en el amor, la caridad y la estima al prójimo».

Los niños le adoraban por su rigor y su jovialidad. Había habilitado un dormitorio aislado de los vientos de arena para dormir la siesta, una ducha, aseos secos e incluso un pequeño huerto, que cuidaba a diario con sus alumnos. Tomates, pimientos, guindillas, berenjenas, cepas, mijo, pepinos e incluso col eran los alimentos que vieron la luz al cabo de varios meses. Paul ocupaba también su tiempo libre con tareas de bricolaje. Convertía las latas de conserva en maracas o teléfonos de hilo, y las botellas en xilófonos. Cada alumno en la escuela contaba con un instrumento musical.

Con el paso de los días se fue fundiendo en la sociedad sahariana de Arak, compartiendo té y fumando hojas de kif en pequeños grupos. Hablaba poco, pero sonreía mucho, algo que era muy apreciado. A menudo se le veía escribir en solitario. Un día cambió la bata por los pantalones anchos y la chilaba y nadie le hizo ningún comentario. Curiosamente, las autoridades francesas parecían absorbidas por otros proyectos.

No obstante, un día la gendarmería francesa intervino a la fuerza en la aldea. Tras varios comentarios descorteses sobre la vestimenta de Paul y la longitud de su cabello, el cabo primera agrupó a gritos a varios de los indígenas presentes. Reclutaba trabajadores para Reggane en el Tanezrouft, una obra en construcción situada más al norte, donde tenían que

construir una torre de 100 metros de altura. Finalmente los gendarmes se marcharon con las manos vacías.

Y varias semanas más tarde, en febrero de 1960, el jefe de la aldea acudió a ver a Paul para advertirle que tenía que huir de inmediato: «¡Los fellaghas² te buscan! ¡Quieren matarte para vengarse de los abusos de los militares y los gendarmes!». Paul parecía aturdido pero, a pesar de todo, decidió quedarse, para gran decepción del jefe, que insistió: «¡Quieren matarte!».

El día siguiente era 13 de febrero de 1960. Mientras Paul daba la clase, tres fellaghas llegaron en silencio. Y en silencio también hicieron salir de la clase a Paul, acompañado por sus atemorizados alumnos, antes de atarle las manos a la espalda y arrastrarle al exterior hasta una pequeña plaza. Allí, uno de los fellaghas tomó una daga... En ese momento se escuchó el sonido de puertas abriéndose y los aldeanos, tanto hombres como mujeres, comenzaron a salir de todas partes. El jefe del pueblo, en primera fila, tomó autoritariamente la palabra para afirmar: «¡Ya basta! ¡Es uno de los nuestros, dejadle, es nuestro hermano!». Bajo la presión de la multitud, los fellaghas se marcharon, no sin asegurar que regresarían. Pero el futuro no les dio esa oportunidad.

Al final de la mañana de ese mismo día, el viento del desierto arrastró una inmensa nube de fuego que envolvió Arak y abrasó todo ser vivo.

La primera bomba A francesa³ acababa de explotar en el emplazamiento nuclear de Reggane, en el centro del Sahara. La bomba, encaramada a una torre metálica, generó una potencia de 70 kilotones, equivalente a cuatro veces la potencia de la de Hiroshima.

² Combatiente partidario de la independencia de Argelia

³ Jerbo azul, es también el nombre de la primera bomba nuclear francesa

Periódico Le Parisien, con fecha del 14 de febrero de 2014:
«Es una carta que produce terroríficos escalofríos. Clasificada como secreto de defensa por el ejército francés durante décadas, la carta acaba de ser desclasificada en el marco de una investigación penal desencadenada por los veteranos de las campañas de los ensayos nucleares franceses (llevados a cabo en el Sahara a principio de los años 60 y posteriormente en Polinesia en los años 70). Por vez primera, el gran público descubre la verdadera amplitud de la lluvia nuclear radioactiva provocada por los ensayos aéreos realizados por Francia en el Sahara argelino. En esta carta, que desvelamos a día de hoy, las mediciones del ejército francés muestran que, lejos de limitarse al desierto, la lluvia radioactiva cubrió todo el norte de África e incluso la región subsahariana. Se constata que, trece días después del lanzamiento de la primera bomba aérea francesa, el famoso jerbo azul, la lluvia nuclear llegó a las costas españolas y cubrió incluso la mitad de Sicilia».

Traducción Mari Luz Ponce